

Melanchton, á quien poseía por completo este implacable combate entre la razon y la fe, entre el dogma por sus estudios adquirido y el dogma por su educacion inspirado, sobreponiéndose en él muchas veces la fuerza del sentimiento á la fuerza de la conciencia, creia fácil volver á lo ya abandonado, reconstruir las aras rotas y las iglesias derruidas, devolver su aureola mística de ideas á la santa efigie adorada en los primeros años y extinta casi y borrada por la lluvia de la tempestad en la pared ruinosa del claustro solitario, llamar las almas transformadas en el seno de la nueva fe al seno de la antigua ya perdida é inerte, atajar el impulso de la corriente universal y volverla como si lo sucedido pudiera borrarse, volverla ciegamente á sus orígenes y encerrarla en el sitio donde brotaron sus primeros manantiales, llamados á extinguir la sed de tantas almas y á animar la vida de tantas generaciones. Así, en sus combates, en sus afectos, en las variaciones propias de su complexion cambiante, en la multiplicidad de sus sentimientos, en el terror á la guerra y en el cariño á la patria, Melanchton se lanzaba de hinojos ante el legado pontificio, y le ofrecia reconocer el organismo canónico y hasta la autoridad pontificia con tal de que no cayese sobre sus amigos los electores y sobre su madre la Alemania el candente cetro y la flamígera espada de los Césares.

Todo quizás se perdiera en este instante decisivo, de no tronar allá en su castillo de Coburgo la voz de Lutero, que promulgaba entre las tempestades de arriba y los incendios de abajo, el Decálogo de la nueva fe. Apartado de los hombres por el aislamiento de su retiro, jamás estuvo de los hombres tan cerca por la virtud de su palabra. Como si nada sucediese á su alrededor, abstraíase cuando bien le placía hasta el punto de mirar solo, y frente á frente, al ideal, como la retina del águila mira sin ofuscarse la clara luz del sol. Y al mismo tiempo que tocaba en las cimas del pensamiento, iba por la concreta realidad fortaleciendo al débil, aconsejando al indeciso, desvaneciendo las incertidumbres y perplejidades del vacilante, como ducho que era hasta en la intriga, súbito en la inspiracion, pronto en la respuesta, avizor en la sospecha, valerosísimo en el combate, fácil para la victoria, implacable y cruel en la venganza, pero resuelto á defender hasta el último trance su doctrina, que imaginaba celestial, y á salvar de todo desmayo su activa voluntad y preser-

var de todo eclipse su glorioso nombre. Lo mismo en este que en su primer retiro las ideas de Lutero, vaciadas en el molde ya bien conocido de su doctrina, una en esencia, variaban de expresion á la manera que, uniformes los organismos en las especies, varian y se diversifican los caracteres particulares en los individuos. Sin Lutero, sin su voz tempestuosa, sin sus ideas fecundas, sin sus revelaciones múltiples, sin la energía de su natural, sin la inflexibilidad de sus consejos y de sus acuerdos, el Protestantismo se perdiera para siempre, ó se malograra por algun tiempo en las débiles y deshonorosas transacciones de Melanchton. Lutero, que lo engendró en su mente, lo salvó y lo sostuvo con su esfuerzo.

A medida que la resistencia de los protestantes se aumentaba, recrudecía-se la cólera del Emperador. Todos los caminos se cerraban á la concordia y se abrian á la guerra. El primero en comprenderlo así fué el Landgrave de Hesse que, cansado ya de una Dieta inútil, próxima tal vez á convertirse en una dura prision, pidió, para retirarse, permiso á Carlos V. Al escuchar la demanda de este permiso, cuya concesion remitió á mas lejanos dias, alcanzóse al César la utilidad de tener en sus manos á los protestantes y los peligros que habia en despedirlos. Así la ciudad se asemejó, desde que Carlos concibiera tal pensamiento, á una ciudad sitiada. Cerráronse sus puertas, dobláronse sus guardias, y sus calles y plazas rebosaron de retenes y de patrullas, como si hubiese á las puertas un enemigo formidable, que tratase de asaltarla y de rendirla. En tal apuro, Felipe de Hesse meditó la fuga con sigilo y la cumplió con acierto. Despidióse, pues, interiormente de la Dieta; y proyectó una evasion inmediata. Para que nada se sospechase, apeló á convidar al Emperador á un torneo; y el Emperador confió en la celebracion de aquella fiesta. Pero la víspera misma, antes de cerrar las puertas de la ciudad, á la hora de anoecer, burlando la vigilancia de tantos guardias y en compañía de varios caballeros de su corte, huyó á uña de caballo, y poniéndose en cobro, mostró que habia concluido la era de las transacciones y comenzaba la era de los combates.

La fuga de Felipe lanzó el terror hasta en los mas exaltados ortodoxos, que propusieron una nueva negociacion, diciéndose resueltamente amigos de un amplio pacto. Pero todos los esfuerzos se malograron y perdieron. No

cabia mas que el combate y el combate á mano armada. Comprendiéndolo así, el Elector de Sajonia y el Margrave de Brandeburgo pidieron al Emperador su vénia para retirarse de Augsburgo, en los primeros días de setiembre. Cárlos se opuso á su retirada tenazmente. Despues de titánicos esfuerzos acababa en su omnipotencia de arrancarle al Papa la concesion de un concilio; y creia, con aquella concesion inesperada, facilitar y casi traer un acuerdo. Así, resolvió la conciliacion; y para conseguirla, recurrió con mas empeño que nunca y con mayor violencia y esfuerzo mayor, al medio terrible de las amenazas. Pero el terror se estrelló en la firmeza de los protestantes, y en su deseo de abandonar una concordia, ya completamente inútil. La division llegó al extremo que, en una de las sesiones, los revolucionarios y los ortodoxos estuvieron á punto de ir á las manos; y en una de las entrevistas, Cárlos de España y Juan de Sajonia se amenazaron mutuamente con amenazas terribles.

Por fin, este despidió de Augsburgo al príncipe heredero de su electorado el 12 de setiembre de 1530. En vano se ideaban medios de concordia; todos quedaban frustrados. Cárlos V habia convocado la Asamblea desde su trono y Lutero la disolvió desde su retiro. En vano Cárlos apeló á todos los medios humanos para impedir el crecimiento de la Reforma; en vano publicó un rescripto declarando mera secta esta doctrina y prohibiendo todo apostolado y toda propaganda, para lo cual daba por razon que sus bases esenciales habian sido refutadas por la Iglesia universal apoyada en las Santas Escrituras: no podia consumarse acto alguno que mas hiriese la susceptibilidad de los reformadores. Así todos unánimes resolviéronse á protestar contra aquella medida y á no reconocer la jurisdiccion imperial sobre el sagrado de sus conciencias. Cuando el Emperador llegó á cerciorarse de esta incontrastable firmeza, apeló á las mas extremas amenazas. Pero toda la legion reformadora, cansada ya de estado tan triste y angustioso, congregóse en el palacio del Emperador, y demandó la vénia necesaria para despedirse de él y retirarse de Augsburgo.

En este momento la inflexibilidad de Cárlos V se dobló un poco, y tendiendo la mano con verdadera emocion al Elector de Sajonia, le recordó los lazos de parentesco que entre ellos existian y las diferencias que

entre ellos sembraba su inalterable é inaccesible entereza. Mas el Elector, conmovido por aquellas palabras y amargado por los sinsabores de aquella tempestuosa Dieta, dejó correr sus lágrimas sin añadir á la natural elocuencia de estas ni una sola palabra. A las tres de la tarde del día 24 de setiembre, Juan de Sajonia salia por una de las puertas de Augsburgo, llevándose toda esperanza de conciliacion y despidiendo en su carrera las chispas de una guerra. «Gracias á Dios, exclamó Lutero, gracias por haber permitido que el Elector salga de ese infierno.»

En efecto; Cárlos V no se habia contentado con refutar las doctrinas contenidas en la confesion de Augsburgo, sino que despues de haberlas refutado por medio de los teólogos romanos y escrito el célebre documento, que se conoce con el nombre de la confutacion, decidió dar á los protestantes seis meses de plazo para ingresar de nuevo en la Iglesia católica, lo cual era tanto como declarar la guerra universal. El Emperador que se encontraba en el zenit de su poder, no alcanzaba fácilmente la virtud de resistencia que los ánimos, fortalecidos por una fe sincera, toman en las ideas. El 4 de octubre de 1530 escribia Cárlos V á Clemente VII que todas las negociaciones quedaban rotas por la tenacidad de los protestantes, á quienes se proponia combatir con todas sus fuerzas, para lo cual rogábale que concitase á favor suyo, y de su empresa, el ánimo de los príncipes cristianos. Despues de estas resoluciones, comenzó á sentirse la reaccion por la presencia de innumerables monjes en las calles de Augsburgo, predicando las doctrinas antiguas, y por la clausura de las varias iglesias donde se acababa de predicar tambien la nueva religion. Y sin embargo, varias ciudades comenzaban á unirse declaradamente á las pocas que firmaran la confesion de Augsburgo y fuertes organismos de la nueva idea comenzaban á dibujarse claramente en los espacios. La union evangélica, es decir, la inteligencia entre todas las nuevas sectas se irguió frente á frente de la union católica, es decir, de la inteligencia entre el Pontificado y el Imperio. No quedaba, pues, mas recurso que la guerra. Estaba el tiempo demasiado crudo, y era la estacion demasiado avanzada, para emprenderla inmediatamente; pero los últimos restos de la Dieta se disolvieron, jurando á los innovadores odio implacable y apercibiéndose á beber su sangre.

En efecto; cuando Cárlos se dirigia desde Augsburgo á sus Estados de Flandes, vino á sorprenderle la noticia de que el duque de Saboya acababa de atacar á la libre, republicana y protestante ciudad de Ginebra. La guerra habia comenzado; pero la organizacion legal de la idea revolucionaria estaba definitivamente fundada.

CAPÍTULO VII

LA LIGA DE ESMALKALDEN

En la Dieta de Worms, Lutero luchó en persona con el Emperador; en la Dieta de Augsburgo luchó ya con el Emperador el partido luterano; en la liga de Esmalkalden, este partido se convirtió en una asociacion de Estados, en una asamblea de Reyes, en un haz de poderosos ejércitos. Tal es el camino de las ideas: brotan allá en la mente aislada de un pensador solitario; forman como un apostolado en torno del Maestro; se organizan luego en sectas y partidos hasta llegar á ese período, en que, ó bien mueren por inútiles al progreso general humano, ó bien forman parte integrante de la sociedad, que antes las rechazara, y entran en la levadura de su vida y componen grandes organismos en el Estado y animan primero las leyes y luego las costumbres y llegan al acervo comun de las ideas generales, que forman como las fases misteriosas del espíritu y del pensamiento de toda la humanidad.

El proceder de Cárlos V en la Dieta de Augsburgo no corresponde ciertamente, ni á la elevacion de su idea ni á la energía de su voluntad. Deseoso, al comenzar las sesiones, de una conciliacion, concluye, al terminarse las sesiones, por un rompimiento. El mas vulgar sentido le aconsejara no tener vacilaciones de ningun género; y abrazar, ó bien la causa católica con toda resolucion ó bien el derecho á la profesion de sus ideas en los protestantes con verdadera tolerancia. Vaciló, dudó, concluyendo por donde debia haber empezado, por resoluciones enérgicas que despues de tantas largas resultaban